

ARGENTINA

ralmente en estos casos, el terror hizo que nadie se atreviera a intervenir. Asustados, asistieron los habitantes del barrio al secuestro, espionando a través de las persianas cerradas. Al rato de haber entrado todos a la casa, vieron cómo sacaban a los muchachos, encapuchados, y los metían a empujones en un automóvil. No terminó allí el asombro del vecindario. A los pocos minutos, un camión del ejército se detenía frente a la casa y tropas de uniforme se encargaban de saquear absolutamente todo lo que había en ella.

El día 13 de mayo de 1977, a las siete de la tarde, un llamado desde una clínica de la localidad de San Antonio de Padua, en la provincia de Buenos Aires, comunica a la abuela paterna que personas de civil han dejado allí a una pequeña de un año y medio con un cartel colgado del cuello que expresa: "Soy la hija de Valeria Beláustegui", y un número telefónico. Es la niñita de mi hija Valeria Beláustegui Herrera, de veinticuatro años, y de su marido Ricardo Waisberg, de veinticinco años. Cuando llega la abuela a buscarla, desde la clínica, evidentemente atemorizados por el caso, la informan que han suministrado calmantes a la beba, que evidenciaba signos de un gran nerviosismo, y la han llevado a la comisaría de la localidad. En la comisaría entregan la nena. La bebita sufre una intensa perturbación nerviosa. Durante varias noches se despierta llorando y clamando por sus padres. No sabemos qué sucedió entre las cinco de la tarde, hora en que Valeria había llamado al pediatra para informarse sobre algún problema de su hijita, y las siete, hora en que se produce el llamado desde la clínica.

El día 30 de mayo de 1977, un procedimiento de las tres fuerzas conjuntas detiene en el departamento del centro de la capital federal, donde se alojaban con unos amigos, a mi hijo Rafael José Beláustegui Herrera, que ese día cumplía veintitrés años, y a su mujer, Electra Irene Lareu, de veintitrés años. Se los llevan maniatados, junto con el dueño de casa, y dejan a su hijito, de veinte meses, con la esposa del dueño. En la vereda, mi hijo alcanza a gritar: "Lareu, Beláustegui, nos secuestran". Quizá algún vecino de buena voluntad se animase a avisar a los familiares. Veinte días después son advertidos los abuelos paternos por un llamado de una cuidadora del Ministerio de Bienestar Social, a cargo de quien ha sido dejado el bebé, que deben pasar a retirarlo de la dependencia oficial don-

de se encuentra. El niño es entregado al abuelo por un juez. El bebé se encuentra angustiado y nervioso, duerme mal y tarda en reponerse de su tristeza.

Señores, en menos de un año ha desaparecido toda una familia. Nadie me ha dicho de qué se los acusa. No sé dónde se encuentran. No sé si están enfermos. No sé si están sometidos a tortura. No sé si están vivos o muertos.

Si es que están prisioneros, sé que este horror de dudas y falta de información es una de las armas que maneja el Gobierno de mi país en esta llamada guerra, en la que oficialmente no se hacen públicas las listas con los nombres de quienes son "detenidos". No me dirijo personalmente a las autoridades argentinas, ya que todo lo que he hecho en este sentido ha sido totalmente inútil.

Quiero simplemente, en mi nombre y en el de esos dos bebés que han quedado separados de sus padres, pedir a quienes tengan cómo conectarse o influir sobre el Gobierno argentino que averigüen ante autoridades militares, civiles o eclesásticas del país si mis hijos están vivos o muertos.

Si están vivos, pido a los que los tienen entre sus manos que se me informe sobre ello y sobre su estado. Si han muerto, espero tener la fuerza y la entereza para seguir mi camino, enseñándoles a mis nietos el amor por los hombres y por la vida.

No creo tener el monopolio del dolor en Argentina. No quiero que se tomen así mis palabras. He hablado con mis palabras de madre demasiado triste. Quiero hacer mío también el dolor de todas las madres argentinas que están pasando por las mismas circunstancias. Es fundamental que se exija al Gobierno argentino la difusión de las listas con los nombres de secuestrados y desaparecidos, las listas de los muertos.

¿Cuál es el derecho —en su concepto de hombres cristianos— que los hace sentirse los dueños, los administradores, de tanto dolor? ¿Cuál es su concepto de justicia? ¿Suponen acaso que no tendrán que rendir cuentas ante nadie sobre la suerte de 15.000 desaparecidos?

Creo que ha llegado en el mundo la hora en que todos los hombres con sentido de justicia reclamen esas listas a los hombres que gobiernan la República Argentina.

Desde ya agradezco vuestra atención y todas las gestiones que puedan hacerse para mitigar nuestro dolor, nuestra terrible incertidumbre.

Como argentina, como mujer, como madre, como abuela, muchas gracias. ■ MATILDE HERRERA.

RUDI DUTSCHKE:

"El terrorismo es contrario a la ética socialista"

GERARD SANDOZ

Tres balas de revólver en la cabeza, la garganta y el pecho. Rudi Dutschke se desploma. Es el 11 de abril de 1968, en Berlín. Quien viene animando desde hace dos años la revuelta de los estudiantes alemanes cae tiroteado por un joven pintor de brocha gorda. Berlín está en pleno hervor. La prensa Springer solivianta a la población contra los jóvenes, los rojos y los melenudos. Dutschke es la segunda víctima. Un año antes había caído, bajo las balas de un policía, el estudiante Benno Ohnesorge. La época de las grandes manifestaciones contra la guerra del Vietnam toca a su fin. Algunos "irreductibles" se refugian en la clandestinidad. Pronto se comenzará a hablar del grupo Baader-Meinhof. Dutschke sobrevivió a sus heridas y, a sus treinta y siete años, enseña Sociología en Dinamarca. He aquí lo que piensa del terrorismo y de la RFA (1).

USTED fue el enemigo público número uno de la sociedad alemana durante los años sesenta como dirigente de la revuelta estudiantil. Hoy ese enemigo público es el grupo Baader-Meinhof. ¿Qué es lo que ha pasado?

Rudi Dutschke.—El movimiento de los años sesenta estaba animado por el SDS (Unión de los Estudiantes Socialistas alemanes), a través del cual se expresaba la oposición extraparlamentaria. Se trataba, ante todo, de luchar contra la guerra del Vietnam y el imperialismo norteamericano. Era un movimiento muy amplio que no dejó de extenderse hasta la disolución de la SDS, en mil novecientos sesenta y nueve. El grupo RAF (Fracción del Ejército Rojo) es totalmente distinto. No tiene ningún contacto con otros grupos sociales, activos políticamente. Está socialmente aislado.

—Sin embargo, su movimiento estudiantil, al igual que el grupo Baader-Meinhof, quería destruir el orden social existente...

R. D.—El problema es: ¿quién quiere destruir qué? Para nosotros se trataba de democratizar una sociedad antidemocrática.

—Para el grupo Baader-Meinhof, ustedes fracasaron por las vías democráticas, razón por la que ellos eligieron los métodos terroristas.

R. D.—La izquierda revolucionaria de los años sesenta tenía un principio básico: no hay democratización sin socialismo ni socialismo sin democracia. La tesis de la Fracción del Ejército Rojo es que esta sociedad burguesa es ya fascista, pero

no dan ninguna explicación, ninguna prueba. Se trata, en mi opinión, de una concepción absurda, como lo es la del terrorismo individual.

—¿Usted está contra el terrorismo?

R. D.—El terrorismo es el asesinato; algo contrario a la ética socialista. Hay en la sociedad potencias que se oponen al socialismo. Y hay que combatirlas con métodos políticos, ampliando la movilización de las masas en lugar de imposibilitarla.

—Así, pues, ¿el secuestro de Hanns Martin Schleyer, el asesinato de un procurador o de un banquero, etcétera, cometidos por el grupo Baader-Meinhof no tienen nada que ver con el socialismo ni con ningún movimiento revolucionario?

R. D.—Es una negación de la tradición revolucionaria e incluso una reacción contrarrevolucionaria. No queremos sustituir el despotismo del régimen capitalista por el terror y por otra modalidad de despotismo. Asesinar a las personas no tiene ningún sentido. Si uno considera, como marxista, que los individuos de la clase dominante son intercambiables por sus funciones, es evidente que el terrorismo individual no aporta entonces nada a la lucha de clases, sino que es su misma negación.

—Pero el grupo Baader-Meinhof sostiene que la República Federal Alemana es un Estado autoritario que evoluciona hacia el fascismo. ¿Cómo puede ser

(1) La entrevista es anterior a los últimos sucesos terroristas relacionados con la RFA: el episodio del avión secuestrado, los "suicidios" de Baader, Raspe y Gudrun Esslin, y la aparición del cadáver del industrial Schleyer.



Rudi Dutschke en su época de líder de la revuelta estudiantil de los sesenta.

combatida una sociedad semejante desde un punto de vista socialista con una mínima probabilidad de éxito?

R. D.—En la República Federal se trata de reconquistar y defender tradiciones democráticas perdidas o destruidas. Ahora bien, los terroristas nos alejan de ese debate. En el fondo, nuestro problema número uno es impedir que un hombre como Strauss pueda llegar al poder.

—Pero la represión y las prohibiciones profesionales existen ya.

R. D.—Sí, desde hace algunos años. Pero los métodos terroristas contribuyen a agravar la situación.

—¿La República Federal Alemana es o no es un Estado democrático?

R. D.—No existen, entre los países capitalistas, Estados verdaderamente democráticos, sino Estados en los que los principios fundamentales de la democracia se respetan más o menos. En todo caso, la RFA es un Estado en el que existe la democracia formal. Los socialistas tienen el deber de defender y tratar de ampliar los derechos democráticos en lugar de hacerle el juego a la contrarrevolución con un terrorismo absurdo.

—¿Usted está a favor del Gobierno socialdemócrata de Helmut Schmidt?

R. D.—Cuando Helmut Schmidt afirma que hay en este país más libertad que nunca, tiene razón a primera vista. Pero hay que añadir que las Universidades y los individuos están sometidos a un control cada vez más estrecho y que los socialdemócratas son responsables de esta evolución. Ciertamente, sería pueril negar que existe una diferencia enorme entre el Gobierno de Schmidt y lo que sería un Gobierno Strauss. Sin embargo, el Gobierno Schmidt no es santo de mi devoción.

—Usted piensa entonces que los adeptos al grupo Baader-Meinhof se equivocan al afirmar que el orden estatal de la República Federal es una entidad plenamente reaccionaria.

R. D.—Si fuese así, no comprendo cómo podrían florecer en la República Federal acciones como las "iniciativas de ciudadanos". El gran movimiento antinuclear no ha dejado de desarrollarse en los últimos años. Es la prueba palpable de que una acción social es posible en nuestro país, que hay fuerzas progresistas disponibles y que la autonomía de los ciudadanos puede desarrollarse. Quien no ve en la República Federal Alemana más que fuerzas reaccionarias es que está ciego. Hoy, unos y otros se esfuerzan en confundirlo todo. No se habla

ya más que de secuestros como el de Schleyer. ¿Quién se interesa por los centenares de millares de jóvenes parados, por el problema de los salarios o las intenciones de los patronos de replantearse el tema de la cogestión?

—¿Cómo pueden llegar unos jóvenes a practicar secuestros y a asesinar para conseguir un cambio de sociedad?

R. D.—No olvide usted que Francia, Gran Bretaña y otros países han rematado su revolución burguesa, mientras que Alemania no ha acabado la suya, lo que favorece las tendencias autoritarias en el seno de la sociedad —y en particular entre todos aquellos que no tienen contactos con el pueblo. Los terroristas —que suman varios centenares— proceden de los medios burgueses y de las clases medias. Quieren romper con el pasado, pero no podrían estarlo haciendo peor.

—¿Es justo afirmar, como hacen algunos, que el grupo Baader-Meinhof son hijos de Hitler?

R. D.—No. Son hijos de la generación de la guerra, de una época de confusión, de desesperación y falta de salidas. No tienen ninguna tradición ni ningún vínculo.

—En el extranjero hay quien se pregunta si en la República Federal Alemana se está produciendo un resurgir del nazismo. ¿Cuál es su opinión?

R. D.—Eso no tiene nada que ver con la realidad alemana actual. Hay, claro está, elementos fascistas en la República Federal. Pero el dato más importante es que los alemanes, después de la guerra, han sido "americanizados" o "rusificados". No se les ha permitido desarrollar su propia identidad. En los dos Estados alemanes se ha producido esa pérdida de identidad de toda una generación después de la guerra. Eso contribuye probablemente al desarrollo del terrorismo.

—Holger Meins, miembro de la fracción del Ejército Rojo, murió en la cárcel, y Ulrike Meinhof se suicidó en su celda...

R. D.—Yo he protestado enérgicamente, con otros muchos, contra lo que pasa en la cárcel. Pero solidarizarse con unos presos reducidos a la impotencia y amenazados no es identificarse con el terrorismo.

—Muchos de esos jóvenes salieron de la SDS, su viejo movimiento de estudiantes revolucionarios.

R. D.—No, sólo algunos. La mayoría de los militantes de esos grupos no tienen perfil político real.

—Así, pues, usted no siente ninguna simpatía por las acciones de la fracción Ejército Rojo...

R. D.—Para mí el problema decisivo es el siguiente: ¿son esas acciones de inspiración socialista, tienen algún valor de emancipación? La respuesta es "no".

"Pero hay un aspecto de la crítica del terrorismo que me interesa especialmente, y es que no se debe permitir a la burguesía jugar el gran juego de la democracia y el humanismo. ¿Por qué, por ejemplo, dedica la prensa de la República Federal Alemana páginas enteras a las acciones de estos desesperados mientras que mantiene un silencio total en torno a las trece mil personas que se suicidan anualmente? El número de desesperados, aunque ello resulte inadmisiblemente para un socialista, no es nada comparado con esas trece mil muertes que muestran la realidad de esa sociedad "democrática y humanista". Pero cada secuestro dificulta, si es que no imposibilita, la traducción de los problemas sociales en una acción parlamentaria o extraparlamentaria. Esto es especialmente cierto cuando el sistema de dominación se enfrenta con una crisis social, económica y psicológica.

"Se atribuye con demasiada facilidad al "alma alemana" el hecho de que se hayan instituido métodos represivos y prohibiciones profesionales —aunque en condiciones distintas— tanto en la República Federal como en la República Democrática Alemana. Se olvida, sin embargo, una cosa, y es que en un país conquistado, dividido, "rusificado" o "americanizado" no hay sitio para el pleno desarrollo de la clase obrera o de las capas intelectuales. Un pueblo, una clase obrera, una "intelligentsia" que vegetan sin identidad, sin conciencia histórica ni conciencia de clase pueden generar eventualmente una zona de peligro en la Europa central. Especialmente si la distensión no desemboca en una desmilitarización de la República Federal Alemana y de la República Democrática Alemana.

"En defecto de la izquierda, será la derecha quien se imponga. Cada socialista tiene el deber de examinar sus propias posibilidades de acción en este proceso. Por lo que me respecta, no vacilo en someter a la crítica la forma de mi compromiso. Pero encuentro absurdo que los fetichistas de la ilegalidad reprochan a la "izquierda legal" su "miedo" de participar en el "combate revolucionario". El golpismo y los métodos de los desesperados no contribuyen al progreso del socialismo en la República Federal Alemana. El giro a la derecha que registra este país —reforzado por el terrorismo— no puede ser frenado más que por la resistencia política. (Copyright "Le Nouvel Observateur".) ■